

Lula, con los enemigos en casa, cumplirá un año de gobierno

Por: Julie Wark, Jean Wyllys. 08/01/2024

Lula no asumió los grandes retos de un nuevo liderazgo radical para sacar a la política nacional y mundial del aprieto en el que se encuentra.

El nuevo mandato de Lula tuvo un comienzo difícil. Al jurar su cargo el 1 de enero de este año, prometió reconstruir un país en “ruinas terribles”. Pero no fueron sólo ruinas lo que tuvo que afrontar. Había asuntos que le esperaban, muchos huevos de serpiente que incubar en diferentes nidos dentro de la administración de la que se haría cargo.

Sin embargo, parece que Lula ha decidido dormirse en los laureles como un exitoso político pragmático y negociador, lo que significa seleccionar acciones poco sistémicas y asociarse y transigir con personas que están decididas a socavar lo que él dice defender.

Sus promesas electorales de crecimiento macroeconómico, lucha contra la desigualdad y el hambre, aumento del salario mínimo y de los impuestos sobre el patrimonio, lucha contra la pobreza, vivienda social financiada por el Estado y freno a la deforestación (deforestación neta cero) y a la minería ilegal parecen avances positivos frente al contexto de Bolsonaro. Pero sólo podrían funcionar dentro de un marco integral de derechos humanos que tendría que incluir la grave situación mundial del ecocidio.

En un país donde la realidad paralela de las redes sociales lo eclipsa todo, como una especie de falsa democracia de masas, los logros de Lula un año después no encajan bien con la promesa que hizo.

Como máximo responsable de la mayor selva tropical del mundo, la Amazonia, Lula representaba una última oportunidad, si no *la* última, de salvarla, y por tanto al planeta, si se hubiera atrevido realmente a desafiar a todo el sistema que ha llevado a la Tierra al borde de cinco [puntos de inflexión](#) principales: Colapso de las enormes

capas de hielo de Groenlandia, desaparición de la Antártida Occidental, deshielo del permafrost, muerte de los arrecifes de coral y ralentización de la corriente oceánica conocida como giro subpolar del Atlántico Norte, con todos los catastróficos efectos en cascada que conllevan al estar tan estrechamente interconectados estos sistemas y otros.

Llegando después de la pesadilla del gobierno de Bolsonaro, Lula parecía ser casi el único político en el mundo con la aparente estatura moral y diplomática para tratar de usar su poder geopolítico al servicio de unos derechos humanos verdaderamente universales.

Lamentablemente, por las razones que sean -al fin y al cabo, tiene 78 años- no aceptó los grandes retos de un nuevo liderazgo radical que podría haber ayudado a sacar a la política mundial del aprieto en el que se encuentra.

Asalto al Planalto

Este aprieto dio su primera señal amenazadora, en el frente interno, con el ataque orquestado contra las sedes legislativa, ejecutiva y judicial del país en Brasilia el 8 de enero de 2023, remitiendo deliberadamente al ataque contra el Congreso estadounidense dos años antes. Pero hay una diferencia crucial. Los militares estadounidenses declararon su compromiso con la democracia, al menos dentro de Estados Unidos.

Esta no es exactamente la posición del ministro de Defensa de Lula, José Múcio Monteiro, cuya relación con los militares es muy amistosa. Y este ejército en particular tiene profundas raíces en más de veinte años (1964-1985) de dictadura militar, crímenes impunes y recientes [mimos](#) por parte de Jair Bolsonaro, un admirador descarado del régimen dictatorial que nombró a militares para puestos clave de la administración civil. No fue ninguna sorpresa que, en enero, las Fuerzas Armadas permitieran a los manifestantes acampar en una zona de seguridad militar y los protegieran de las detenciones, lo que alimentó los rumores golpistas en las redes sociales.

Con el ataque al Palacio del Planalto, Múcio dijo notoriamente que estaba intentando “frenar” a los conspiradores -que pedían una intervención militar que diera paso a un nuevo régimen militar- echando leña al fuego e intentando convencer a Lula de que

utilizara la llamada GLO (Garantía de Ley y Orden), un dispositivo legal que permite al presidente convocar una operación “dirigida por las Fuerzas Armadas” y cuyo uso, especialmente bajo los anteriores gobiernos del PT, ha fomentado la reaparición del ejército como actor principal en la esfera política brasileña. Y sigue esperando su momento.

Imagen 1

Image not found or type unknown

“Los huevos de la serpiente o la repetición de la historia”. Pastel seco y al óleo sobre papel. | Jean Wyllys, 2023.

Los ataques de la extrema derecha estuvieron bien organizados y también deben verse como parte de un movimiento internacional, tal y como pregonó el simbolismo del 8 de enero. No se ocultó la amistad entre la extrema derecha brasileña y la estadounidense, con Steve Bannon, amigo de la familia Bolsonaro, guiando el proceso político en Brasil durante los últimos diez años.

El objetivo en Brasilia era conseguir que al menos un millón de manifestantes hicieran el mayor daño posible para que el ejército fuera llamado a restaurar el orden (léase: aplastar las instituciones democráticas). Y los atacantes fueron llevados a Brasilia en autobuses pagados por donantes de diez estados, entre los que destacaban grandes nombres del sector del agronegocio. Los que no viajaron a Brasilia bloquearon el suministro de combustible y el abastecimiento de los supermercados, intentando crear el caos mediante la escasez de productos esenciales, como ocurrió en Chile en septiembre de 1973.

El Bolsonarismo sigue vivo

Puede que Jair Bolsonaro no pueda presentarse a las elecciones hasta 2030, y puede que mantenga un perfil bajo mientras se enfrenta a investigaciones penales, pero *el Bolsonarismo* está vivo y coleando en formas que no son fáciles de identificar y combatir.

Algunas surgen del autodenominado “Gabinete del Odio”, un “ecosistema de mentiras” dirigido principalmente por su hijo Carlos, cuyo el objetivo clave era preparar su campaña electoral de 2022 contra el actual presidente Lula, que recurre a la antigua violencia y sigue creando nuevas formas. Todavía existe, pero no

oficialmente. Entre sus financiadores hay mucha gente relacionada con el agronegocio, la minería, el tráfico de madera y la deforestación ilegal en la Amazonia, y muchos de sus empleados, creadores de contenidos, eran en realidad empleados del poder ejecutivo.

No ajenos al Gabinete del Odio están los medios de comunicación tradicionales que, a su vez, están compinchados con las iglesias evangélicas. Por ejemplo, la abiertamente *bolsonarista* Record TV, que emite a todo el país, pertenece a Edir Macedo, jefe de la Iglesia Universal del Reino de Dios, que quiere crear un “Estado teocrático”. Su especialidad de odio es demonizar las religiones afrobrasileñas como la Umbanda y el Candomblé, los judíos (“asesinos de Cristo”), los católicos (“adoradores del diablo”), los protestantes (“falsos cristianos”) y los musulmanes (“demoníacos”).

También hay canales de televisión como SBT y el canal de noticias por cable Jovem Pan. Las iglesias evangélicas, que representan más del 30% de la población, también están utilizando el púlpito para difundir las narrativas del Gabinete del Odio. Estas iglesias, especialmente en Río de Janeiro, están asociadas la narcomilicia neopentecostal y a grupos paramilitares que, en algunos barrios, controlan la distribución de gas, la televisión por cable e incluso el transporte público.

Racismo, odio y desinformación

El gobierno federal está dando prioridad a su programa *Brasil Sem Fome* y, por supuesto, es una medida básica e importante cuando uno de los legados de Bolsonaro fue una población en la que [el 58%](#) se enfrenta a la inseguridad alimentaria en algún grado, y el 33% está clasificado en el grado más grave de “hambre técnica”.

No se trata sólo de una consecuencia de la pandemia, sino también de la ausencia de una reforma agraria, de un desmantelamiento sistemático de las políticas públicas y del aumento de los precios de los alimentos, todo lo cual puede relacionarse con la actividad de las fake news, especialmente con el racismo que difunden, porque el hambre afecta de manera desproporcionada a las mujeres, a la población negra, a los habitantes de zonas rurales y a los residentes de las zonas del norte y noreste, de modo que el 65% de los hogares encabezados por personas de piel oscura viven con inseguridad alimentaria como consecuencia de las

relaciones de género, raciales, de clase y, en general, del racismo estructural apuntalado por la desinformación constante y el discurso del odio.

Por lo tanto, para combatir eficazmente el hambre, es necesario identificar y combatir todas sus causas, lo que [implicaría](#) políticas públicas coherentes, combatir la desinformación y sus propagadores, vocales y financieros, regular la información en los medios sociales para evitar la circulación de información falsa y el discurso de odio, promover la cultura y la inclusión digital de los brasileños de manera que se satisfaga el “deseo de verdad”.

También requiere la persecución de los propagadores de noticias falsas, lo que significa fortalecer los debilitados poderes ejecutivo y judicial del gobierno, así como restaurar la dignidad de las instituciones fuertemente atacadas, el Congreso y el Tribunal Supremo.

El profesor brasileño [David Nemer](#) describe la relación entre la desinformación y el odio y cómo hay que construir al enemigo, a menudo bajo una apariencia racista. Sin odio, la desinformación no es tan eficaz, “pero con mucho odio se llega muy lejos, así que no es de extrañar que los grupos de extrema derecha creen en la supremacía blanca. Siempre están demonizando a las minorías. Siempre tienen que construir este enemigo con eso. Sin el enemigo, no existen”.

Y ahora, el enemigo se ha extendido a Lula, al Tribunal Supremo y al Congreso. “Necesitan a todos esos enemigos, porque si no, no tienen a nadie. Y están constantemente construyendo nuevos enemigos, porque es la única manera de mantener a su base motivada”.

En la creación de una realidad paralela como señuelo frente a la realidad real, la desinformación se une a la ideología en las figuras con intereses que proteger y poder de propagación

Los fascistas odian la complejidad porque desafía los sistemas simplistas en los que la fanática ministra de la Mujer, la Familia y los Derechos Humanos (sic) de Bolsonaro, Damares Alves, puede pronunciar: “Los niños deben vestirse de azul y las niñas de rosa”. Las cosas deben mantenerse en rosa y azul, en blanco y negro, lo que significa jerarquías, etiquetado primitivo y siempre la exclusión de algunos.

En la creación de una realidad paralela como señuelo frente a la realidad real, la

desinformación se une a la ideología en las figuras con intereses que proteger y poder de propagación: magnates de los combustibles fósiles, industriales, grandes agricultores y barones de la carne de vacuno, especuladores del armamento, magnates de los servicios, grandes delincuentes, etcétera.

Están destruyendo física (y moralmente) el país, por lo que necesitan legitimar su rapacidad, básicamente con argumentos de una meritocracia gobernada por Dios con la ayuda de religiones ultra-fundamentalistas, patria, valores familiares (o control de la reproducción) y libertad desenfadada para arrebatarse (recursos y tierras) y luego proteger (armando a la población depredadora) para sí mismos lo que llaman propiedad privada, con todos los dramáticos efectos medioambientales que ello conlleva. A medida que estos efectos se agraven, la violencia contra los desposeídos y los manifestantes no hará sino volverse más rutinaria.

Lava Jato sigue vivo

Se trata de una guerra cultural que revela los tambaleantes cimientos de la alianza de Lula con la derecha y el centro derecha para aprobar políticas públicas. Puede que se esté enfrentando a algunas de sus consecuencias, pero está ignorando la guerra que podría ser la pérdida de cualquier política progresista que tenga que introducir.

Algunos síntomas de la enfermedad sistémica son que, a pesar de todas las acusaciones y cargos contra Bolsonaro, incluyendo [crímenes contra la humanidad](#), no lo han detenido ni a él ni a sus partidarios; el [Movimiento Brasil Libre](#) o “Tea Party” brasileño va viento en popa; un senador evangélico, Magno Malta, acusa a los profesores de erotizar el currículo, recordando la campaña de las elecciones de 2018 contra el actual ministro de Finanzas, Fernando Haddad, que fue acusado de planear la distribución de biberones con tetinas en forma de pene (por extraño y falso que sea, estas cosas permanecen en el sistema que no se quebró con la elección de Lula); y los constantes ataques contra el sistema educativo que, luchando en la guerra cultural a través del terror, incluyen la violencia armada contra los profesores que defienden los derechos de las mujeres. Es una guerra que está devastando la vida de las personas.

El reciente apuntalamiento del asalto a las instituciones democráticas fue el tristemente célebre caso Lava Jato, en el que los mensajes publicados por un

hacker a través de *Intercept* revelaron que el juez Sergio Moro (que más tarde se convertiría en ministro de Justicia de Bolsonaro), fiscales y periodistas se confabularon para encarcelar a Lula por corrupción por razones políticas.

En consecuencia, los principales medios de comunicación conectaron sistemáticamente la política representativa y la corrupción y, en el proceso, crearon polarización política y desprecio por las instituciones democráticas, además de allanar el camino para la victoria electoral del outsider extremista Bolsonaro en 2018, gracias a su creación previa de una red de comunicación digital que vomitaba odio y rabia. Pero peor aún, el discurso de odio actual llegó a incubarse dentro de las mismas instituciones que se suponía debían proteger contra él. Lava Jato no desapareció.

Aparte de la guerra cultural que Lava Jato ha sembrado, sus instigadores tienen influencia política y económica, por lo que, en julio de este año, la Corte Suprema excluyó todas las pruebas obtenidas en los acuerdos de declaración de culpabilidad de 78 ejecutivos de la mayor empresa de ingeniería y construcción de América Latina, Odebrecht, que tiene una activa [división de sobornos](#) que pagó más de [780 millones de dólares](#) a funcionarios gubernamentales y partidos políticos de toda América Latina y el Caribe, y en el corazón de Lava Jato-que ahora tiene el nombre de Novonor, y por lo tanto ha obstaculizado las investigaciones de corrupción en curso de Lava Jato.

Conectada o no con las maquinaciones de Lava Jato, la petrolera estatal [Petrobras](#) ha concedido a Novonor la llamada “categoría plena”, que permite a una empresa presentarse a cualquier contrato que se le ofrezca. Con una coincidencia temporal ciertamente mal gestionada, el gobierno de Lula se está [moviendo](#) para permitir la exploración de petróleo en una zona de manglares y arrecifes de coral donde el Amazonas se encuentra con el Océano Atlántico sólo unos meses después de que [prometiera](#) en la COP27 que sus futuras políticas de gobierno estarían marcadas por la crisis climática.

Ahora Brasil, también con [nuevas plataformas](#) en la [región del presal](#), se convertirá en [el cuarto productor mundial de petróleo](#). Las promesas rotas no inspiran precisamente fe en un gobierno de coalición que parece un acto de equilibrismo en un vendaval. Y no dan el ejemplo ético necesario para desacreditar las noticias falsas.

Esquizofrenia y crisis climática

Un año después de su victoria electoral, el gobierno de Lula se muestra esquizofrénico, con una gestión que presenta una cara en el ámbito internacional y otra completamente distinta en el interior del país, y también en lo que Lula dice y en lo que Lula hace. Por ejemplo, dirigiéndose a otros líderes sudamericanos en una [cumbre](#) que convocó el pasado agosto en la ciudad de Belém (donde tiene previsto celebrar la COP30 en 2025), prometió “sacar a la Amazonia de siglos de violencia, ‘saqueo’ económico y devastación ambiental y llevarla a ‘un nuevo sueño amazónico’”.

[Sin embargo](#), [hizo caso omiso](#) de un mensaje directo fechado el 28 de julio del jefe Raoni Metuktire, en el que se le invitaba a una cumbre indígena con 54 líderes de diferentes pueblos indígenas que viven en los seis biomas brasileños (la Amazonia, el Cerrado, la Caatinga, el Pantanal, la Mata Atlántica y la Pampa) para debatir cuestiones como la demarcación de las tierras indígenas y la expulsión de los invasores de las mismas, la anulación de los contratos de créditos de carbono en los que estaban implicados pueblos indígenas, el rechazo del *marco temporal*, el “truco del límite de tiempo”, según el cual los pueblos indígenas que no pudieran demostrar que ocupaban sus tierras cuando se firmó la Constitución vigente (5 de octubre de 1988) no tenían derecho a que se cartografiaran y protegieran oficialmente sus tierras.

El jefe Raoni y los demás líderes comprendieron que su situación requiere algo más que vagas promesas, y también que sus efectos son mundiales. “Estamos muy preocupados por la situación territorial no sólo de los pueblos indígenas que habitan la región amazónica, sino también de las demás regiones de Brasil y del mundo”. Si para los países del Norte Global, el gobierno de Lula parece estar comprometido a reducir significativamente los gases de efecto invernadero y la deforestación en la Amazonia, así como a proteger a los pueblos indígenas, esto no está claro para los propios pueblos indígenas.

En comparación con el gobierno anterior, el gobierno de Lula puede representar un avance significativo. Ha logrado cierta reducción de la deforestación y la minería ilegal en tierras indígenas, sobre todo gracias a las acciones represivas de la policía federal, y la violencia contra los indígenas ejercida por las milicias del agronegocio

rural y las organizaciones criminales dedicadas al tráfico ilegal de madera, oro y cocaína está más controlada. Pero no mucho ni de forma permanente.

Y qué piensan los ecologistas de su extravagante delegación de [1.337](#) (o de más de 2.000) miembros en [la Cop28](#) (la cifra baila, según a quién se lea, pero la más grande, en cualquier caso), donde su ministro de Energía, Alexandre Silveira, anunció que Brasil pretende tener una alianza más estrecha con la OPEP (que, por supuesto, se opone al fin de los combustibles fósiles). El [plan](#) es llevar a Brasil del octavo al cuarto puesto entre los productores de petróleo. En Riad [afirmó](#) que quiere convertir a Brasil en la “Arabia Saudí de la energía verde” (sea lo que sea eso) en diez años.

Así es como Lula quiere posicionarse como [líder mundial contra el cambio climático](#). Además, el 13 de diciembre, un día después de que termine la COP28, Brasil subastó cientos de bloques de perforación petrolífera, muchos de ellos cerca de la desembocadura del Amazonas. El “verde” Lula cifra sus esperanzas en una demanda mundial de petróleo garantizada para mantener el estilo de vida de los ricos y poderosos.

En el primer año de su nuevo mandato, el PIB de Brasil ha crecido un 3,1%, muy por encima de la media prevista para el conjunto de América Latina. Sin embargo, basar este crecimiento en la producción de combustibles fósiles sólo puede continuar la vieja historia de desposesión y explotación que ha causado la desigualdad y la pobreza que quiere combatir.

¿Derechos humanos?

Lula es alabado internacionalmente como demócrata y defensor de los derechos humanos, que lo es, al menos selectivamente, cuando se le compara con otros líderes políticos. En un [discurso](#) aplaudido con entusiasmo en la Asamblea General de la ONU el pasado septiembre, Lula defendió los BRICS, de lo que dijo que había surgido como resultado del “inmovilismo” del FMI y de la propia ONU, y celebró su expansión para incluir a Argentina, Irán, Arabia Saudí, Egipto, Emiratos Árabes Unidos y Etiopía.

Si se trata de un [“orden mundial alternativo”](#) o de un “escenario más diverso desde el punto de vista económico, político y geopolítico”, como pretende Lula, las

cuestiones de derechos humanos, incluida la igualdad racial y los derechos de la mujer que pregonan en la ONU, se esconderán bajo la alfombra, incluso ahora que Brasil ha sido elegido miembro del Consejo de Derechos Humanos de la ONU.

Es poco probable que Brasil se manifieste en contra de los abusos cometidos por los miembros del BRICS, como los [asesinatos en masa](#) de inmigrantes etíopes y solicitantes de asilo en la frontera entre Yemen y Arabia Saudí a manos de guardias fronterizos saudíes; o los abusos iraníes contra los derechos de las mujeres y los kurdos; y la represión draconiana de la disidencia por parte de China, o los abusos en Xinjiang y el Tíbet; o los crímenes rusos en Ucrania y su participación en la producción internacional de [noticias falsas](#); o los [graves ataques](#) y todos los abusos contra las minorías étnicas y religiosas en la India; y los ataques contra los derechos de las mujeres y del colectivo LGBTi en los países BRICS.

Los derechos humanos deben ser universales porque si “humano” no es una categoría universal, entonces algunos humanos se convertirán automáticamente en “menos que humanos”. Si no son universales, no son derechos humanos sino privilegios de algunos.

En Brasil, debido a su “presidencialismo de coalición” con la derecha conservadora e incluso reaccionaria como mayoría en el Congreso Nacional, el gobierno de Lula también ha evitado tratar las cuestiones de derechos civiles y libertades individuales. Se han hecho algunos avances en materia de derechos y representación de las personas oficialmente clasificadas como *preto* (negro) y *pardo* (moreno), pero el Ministerio de Igualdad Racial prácticamente ignora la discriminación que sufren asiáticos, gitanos, personas de ascendencia siria o libanesa y otros latinoamericanos.

Existe un Ministerio de la Mujer, pero el aborto sigue siendo un delito y los derechos sexuales y reproductivos están muy condicionados por otros factores sociales como la raza, la clase social y la situación económica, así como por el poderoso aparato de propaganda homófoba de los grupos evangélicos, que no pueden considerarse al margen de las grandes empresas y los grupos milicianos.

Enemigos

Incluso siendo él mismo víctima de las fake news y otras desinformaciones digitales programadas, el gobierno Lula no ha presentado hasta ahora ningún plan global

para atajar el fenómeno de raíz, donde reside la descomposición de todo el sistema político, incubando más problemas. La política selectiva del gobierno, producto de pactos con aliados políticos incompatibles se refleja en el funcionamiento dispar de sus ministerios.

Los ministerios de Comunicación, Ciencia y Tecnología, de Educación, y la Secretaría de Comunicación del gobierno, no se comunican y tampoco han elaborado por separado ninguna propuesta que lleve al Congreso Nacional al menos a discutir la limitación del papel de las Big Tech en la extracción, control y abuso con fines nefastos de la información de los usuarios. Los ministerios son islas políticas explotadas por los intereses de los partidos con viejas historias sin gloria que conforman el gobierno.

Una rápida mirada al conjunto de personas responsables de los primeros ataques físicos contra el gobierno de Lula confluye en una especie de retrato robot del sistema al que Lula no se enfrentará ni en el marco nacional ni en el internacional, el verdadero enemigo de los ideales que profesa, a saber, una versión bastante criminal del neoliberalismo:

- 1) los extremistas de extrema derecha, que representan el poder económico y político o, en parte, el lobby de *La carne, las balas y la Biblia*, un movimiento tanto global como nacional;
- 2) los políticos del gobierno de Lula, como el golpista jefe de la policía federal, Anderson Torres, y el ministro de Defensa, José Múcio Monteiro;
- 3) el aparato de seguridad (fuerzas armadas, policía, policía militar, milicias);
- 4) las milicias vinculadas a la deforestación ilegal, la minería, el acaparamiento de tierras, la pesca y las drogas, con la impunidad garantizada en las altas esferas del poder (como ilustra muy bien el continuo asalto al pueblo yanomami y a sus tierras);
- 5) los grupos de milicias urbanas, por ejemplo, los que controlan más de la mitad de Río de Janeiro y ahora se están moviendo en el [sector inmobiliario](#);
- 6) los poderosos partidarios de Bolsonaro en los estados del sur y sureste de Paraná, Minas Gerais y São Paulo;
- y 7) los señores del submundo de Internet que conserva el fascismo del pasado

mientras borra la memoria del país de su historia, un reino sin ley donde todo es “inmaterial”, donde el discurso es sobre la guerra, y la política no tiene lugar.

Unos momentos de aplausos por unas palabras encendidas en la ONU no cambiarán nada. Parece que cualquier cambio que haga el gobierno de Lula será como poner una tirita en algún sitio, en cualquier lugar, en un cuerpo político lleno de veneno.

Ojalá, en lugar de la grandiosa exhibición de Brasil en la COP28, Lula y los líderes indígenas de Brasil se reunieran con los líderes independentistas de Papúa Occidental, custodios de la tercera selva tropical más grande del mundo, autores de la [Visión del Estado Verde](#), y trabajasen tranquilamente con ellos sobre cómo podrían hacer realidad, juntos y con otros, este plan coherente de lo que el mundo podría ser, en lugar de limitarse a retocar lo que ya es. Entonces sí, Lula podría ser el audaz político visionario que a veces ha dado muestras de querer ser.

Y todavía puede serlo. Le quedan tres años por delante para evitar caer en un fraude electoral total, para hacer justicia a su historia y a su reputación, aunque eso signifique dejar el poder en 2026.

[LEER EL ARTÍCULO ORIGINAL PULSANDO AQUÍ](#)

Fotografía: Open democracy.

Simpatizantes del ex presidente brasileño Jair Bolsonaro (2019-2022) participan en una manifestación en Sao Paulo, Brasil, el 26 de noviembre de 2023, a favor de los arrestados por los ataques golpistas en el Congreso Nacional y el Congreso Federal, y la Corte Suprema en Brasilia el 8 de enero de 2023. |

Nelson Almeida/AFP via Getty Images

Fecha de creación

2024/01/08